

VARIABLES CONSPIRATIVAS CONTRA EL RÉGIMEN DE JUAN MANUEL DE ROSAS: ENTRE IMAGINARIOS Y PRÁCTICAS (1829-1852)

CONSPIRATORIAL VARIABLES AGAINST JUAN MANUEL DE ROSAS' REGIME:
BETWEEN IMAGINARIES AND PRACTICES (1829-1852)

Ignacio Zubizarreta¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Conspiración, Régimen de Rosas, Discursos y prácticas conspirativas, Río de la Plata, Siglo XIX	Fueron múltiples los planes que se urdieron para remover a Rosas del poder. La conspiración estuvo detrás de algunos de esos intentos. Justamente, en el otro frente, el temor a que tales confabulaciones se materializaran obró como uno de los principales catalizadores y sustentos argumentativos y discursivos para justificar las políticas represivas del régimen. Analizaremos aquí el discurso conspirativo del rosismo y su correlato respecto de las actividades que se pergeñaron en Buenos Aires y en el exilio para tratar de derrotarlo. Se busca demostrar que, aunque no se trató de una fórmula vacía de sentido (puesto que se correlacionó con un peligro real), el discurso rosista, hiperbólico, se montó y se justificó más en una necesidad y una estrategia política que como reacción a una actividad conspirativa más acotada y circunstancial.
<i>Recibido</i> 6-9-2018 <i>Aceptado</i> 20-11-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Conspiracy, Rosas' regime, Discourse and conspiracy practices, Río de la Plata, 19th century	There were many plans to remove Rosas from power. Conspiracy was behind some of those attempts. In fact, on the other front, the fear that these confabulations could be materialized acted as one of the main catalysts and argumentative foundations to justify the regime's repressive policies. We will analyze here the conspiracy discourse of Rosas regime and its correlation with the activities that were designed in Buenos Aires and in exile to try to defeat it. It seeks to demonstrate that, although it was not a formula devoid of meaning (since it was correlated with a real danger), the rosist, hyperbolic discourse was mounted and justified more on a need and a political strategy than as a reaction to a more limited and circumstantial conspiratorial activity.
<i>Received</i> 6-9-2018 <i>Accepted</i> 20-11-2018	

¹ Universidad Nacional de la Pampa, Instituto de Estudios Sociales e Históricas de La Pampa / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Tijereta 684, 6303 Toay, La Pampa, Argentina. C.e.: ignzubizarreta@gmail.com.

Muy dichosos nos reputaríamos si este escrito moviese el corazón de algún varón fuerte, que hundiendo un puñal libertador en el pecho de Rosas restituyese al Río de la Plata su pérdida ventura, y librase a la América y a la humanidad en general del grande escándalo que la deshonra.

José Rivera Indarte²

INTRODUCCIÓN³

El régimen de Juan Manuel de Rosas (1829-1852) es recordado por su larga duración (cerca de veinte años), su forma de gobierno autoritario y su encarnizada lucha contra sus antagonistas. Muchas páginas se han escrito sobre la personalidad y las vicisitudes de su líder, pero es probable que las más conocidas hayan sido las que su acérrimo enemigo, Domingo F. Sarmiento, les dedicara en su célebre obra *Facundo*. En su introducción, describe a Rosas como: "falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo" (Sarmiento 2001, p. 3). En esa lucha dicotómica entre la barbarie y la civilización, Rosas representa, para Sarmiento, una crueldad demasiado refinada, la que habría tomado elementos de la civilización para hacerse aún más poderosa y despiadada. Sarmiento, desde el exilio en Chile, se hacía la pregunta que todos los hombres de ideas, desde el destierro, tenían en su mente: ¿cómo hacer para derrotar a su poderoso adversario? Pasaban los años y, pese a los múltiples intentos, no había política exitosa para removerlo del poder. Se probaron muchas maneras diferentes, pero ninguna daba con el resultado deseado. Levantamientos militares, conjuras de grandes potencias mundiales, colaboración de países vecinos en planes para invadir la Confederación, organizaciones secretas, complots, solicitudes públicas para efectuar un magnicidio, ataques sistemáticos desde la prensa, etc. Mientras más se lo intentaba, más estrepitoso era el fracaso que sobrevenía. Detrás de cada tentativa, existía una conspiración imaginada, una red de vínculos que se activaba, una esperanza que renacía, una conjunción de factores materiales que convergían para un mismo propósito. Durante veinte años, fueron múltiples los planes que se urdieron para remover a Rosas. La conspiración estuvo detrás de algunos de esos intentos. Justamente, en el otro frente, el temor a que tales confabulaciones se materializaran obró como uno de los principales catalizadores y sustentos argumentativos para justificar las políticas represivas. Gracias a ese enemigo siempre al acecho, siempre complotando, el gobernador de Buenos Aires exigía poderes extraordinarios para mantener el orden. De esa manera, se trató de un régimen que apostó a la beligerancia verbal y real permanente, utilizando y magnificando la peligrosidad de un adversario que debía proyectarse om-

2 J. Rivera Indarte, 1884. *Es acción Santa Matar a Rosas, Tablas de Sangre*. Buenos Aires, p. 360.

3 Quisiera agradecer a los editores de este *dossier* por su generosa invitación a formar parte de él y al evaluador anónimo que me ayudó a mejorar sustancialmente el presente artículo.

nipresente, irracional, vengativo y siempre al acecho.⁴ La imagen que Rosas pretendía proyectar del unitarismo le fue instrumental y sirvió para aumentar la cohesión de su grupo y justificar la acción colectiva.

Diversos estudios teóricos señalan que la inclinación de un régimen para manipular y exagerar la influencia de un enemigo determinado se relaciona a contextos inciertos e inestables (Sullivan-Landau y Rothschild 2010). De este modo, se reduce el riesgo, la angustia y el temor al peligro causado por motivos azarosos, sobre los que no se tiene control alguno. Además,

(...) las teorías conspirativas ayudan a las personas a darle un sentido al mundo especificando las causas de los eventos importantes, lo que les ayuda a predecir y anticipar el futuro (...) las teorías conspirativas también ayudan a las personas a comprender situaciones complejas de difícil entendimiento, atribuyendo estos eventos a un poderosos y maligno grupo enemigo. (van Prooijen-Douglas 2017, 327).⁵

Whitson y Galinsky (2008), en cambio, demostraron cómo las personas suelen responder ante situaciones amenazantes generando y elucubrando teorías conspirativas. De todo esto, se infiere que, en un contexto tan inestable como el que transitaba el Río de la Plata en la década de 1830, es evidente que existía una sociedad predispuesta y bien situada, desde todo punto de vista, para la recepción del discurso conspirativo motivado y propalado por el rosismo. Si elementos discursivos conspirativos ya existían con anterioridad, es probable que ningún régimen los haya utilizado y manipulado hasta ese momento como el rosista; ni en el modo ni en la intensidad ni, sobre todo, durante un espacio temporal tan extendido. Es importante destacar que no todo intento por derrocar a un gobierno constituye o surge de una conspiración. Por conspiración se suele definir toda actividad de un pequeño y poderoso grupo de personas que en secreto combinan un plan para desarrollar una acción ilegal o incorrecta, el que, llevado a cabo, puede modificar el curso de los eventos (Knigh 2003). La conspiración es un elemento recurrente y habitual de la cultura política durante del siglo XIX –y de gran parte del siguiente–; se utilizó como mecanismo alternativo para la búsqueda de alternancia en el poder, obturadas, muchas veces, las vías institucionales. Sin embargo, es difícil asumir, para el período que nos ocupa, la “criminalidad” del acto conspirativo, en momentos en que la legitimidad de lo legal, y la inestabilidad de las

4 No es anodino aclarar que, cuando me refiero al régimen rosista, debería hacerlo aludiendo a una organización y estructura de poder político consolidado, con características intrínsecas y particulares. Aunque estrictamente hablando, sería anacrónico o apresurado situar la existencia de un régimen propiamente rosista para, por ejemplo, principios de la década de 1830; no obstante, en este caso, lo utilizamos de manera genérica y simplificada haciendo referencia a un período prolongado que se extiende por casi veinte años y corresponde formalmente con las dos gestiones de Juan Manuel de Rosas al frente de la gobernación de Buenos Aires (1829-1832 / 1835-1852). Esto se sostiene, por un lado, porque existen trazos propios y constitutivos –aunque en algunos casos solamente enunciados de manera incipiente– para todo ese extenso período (marcados principalmente por la impronta de gobierno que impone su líder); y por otro lado, porque, para nuestros fines explicativos, resulta de mayor utilidad positiva.

5 La traducción es nuestra.

instituciones que lo validaban, podía ser objetada por amplios sectores de la sociedad. Si bien no caben dudas acerca del peligro real de los movimientos conspirativos que Rosas denunciaba pública y periódicamente, la vía conspiratoria no constituyó necesariamente el principal *modus operandi* que caracterizó a sus opositores. En el largo período que duró su régimen, fueron muy puntuales los casos en los que se urdieron este tipo de prácticas. Así, es evidente una sobredimensión del fenómeno conspirativo con fines exclusivamente políticos, el cual, dada la extensa duración del régimen y otras múltiples causas, resultó exitoso.

El presente trabajo constituye una síntesis sobre reflexiones previamente abordadas en mi tesis doctoral (Zubizarreta 2009 y 2015) que toman como eje una problemática original: la relación entre el discurso conspirativo promovido desde la prédica rosista y las distintas etapas y formas de lucha antirrosista, haciendo hincapié en las variables conspirativas que efectivamente sus opositores intentaron llevar a la práctica. Me interesa, particularmente, analizar en qué medida ese discurso se montó sobre un peligro verosímil o tuvo dimensiones absolutamente desproporcionadas respecto del fenómeno real. Entre fines de 1820 y principios de 1830, hubo confrontación abierta y directa entre unitarios y federales y no destacaron elementos conspirativos. Sus grandes ejércitos, aglutinados por sus principales líderes, tuvieron durante ese lapso sus enfrentamientos más emblemáticos (Rabinovich 2013). La postrera derrota del unitarismo en 1831 condujo a sus protagonistas, en su gran mayoría, a partir al exilio. A mediados de la década de 1830, comenzó otro ciclo: el de la confrontación indirecta a través de la conspiración de logias secretas y la utilización de la prensa para desprestigiar el rosismo. El unitarismo, siendo aún la principal facción opositora, iría gradualmente acostumbrándose a combinar sus estrategias políticas contra Rosas con el apoyo de miembros de otras agrupaciones disidentes. Las nuevas formas de conspiración se adecuaban a las necesidades y las urgencias de un partido en declive, alejado del poder. Desde el exilio y con escasos recursos, buscaron incidir en las políticas de los gobiernos de países vecinos o de potencias marítimas para que acometieran contra el gobernador porteño. Intentaron también debilitar el apoyo popular de su clásico antagonista a través de diversas estrategias, siempre sin éxito. A fines de la década de 1830 y comienzos de la siguiente, inició un tercer ciclo nuevamente de confrontación directa. En este caso, los unitarios, siendo aún actores importantes de la contienda antirrosista, se encontraban inmersos en una gran alianza integrada por múltiples facciones. Como había sucedido diez años antes, Rosas lograba otra vez más salir airoso y fortalecido. Ese hecho dio lugar al cuarto y último ciclo, también conspirativo. Paralelamente, se libraron batallas en una escala más reducida, pero se idearon, como se verá, formas de derrocar a Rosas más agresivas, promoviendo lisa y llanamente su desaparición física, alentando públicamente el magnicidio y apuntando la prédica hacia las propias filas del Restaurador. Las nuevas tentativas fueron más eficaces a través de la prensa, apostando al desprestigio del régimen enemigo, que con las armas en la mano.

CONCEPTO DE CONSPIRACIÓN EN EL RÉGIMEN ROSISTA Y VÍAS REPRESIVAS

En *Orden y Virtud*, Jorge Myers (1995) confeccionó un profundo estudio sobre la naturaleza republicana del discurso elaborado por el régimen rosista. Este autor destaca cómo la supuesta existencia de un enemigo, acechando y complotando permanentemente, era funcional a un sistema, el rosista, que se basó en el control monopólico de la coerción y en la creación simbólica de mecanismos de cohesión social. Los unitarios constituyeron, real e imaginariamente, esos antagonistas que la retórica del rosismo necesitaba. Los publicistas del régimen –seguramente por expresa orden de su gobernador– se concentraron en la construcción de una imagen arquetípica del unitario. Para ello, utilizaron elementos extraídos de la figura del conspirador republicano de procedencia ciceroniana / salustiana.⁶ En las célebres *Catilinarias*, Cicerón traza una división entre “buenos” y “malos” absolutamente maniquea. Del lado de los “buenos” –bando que, por supuesto, él lideraba dentro del senado romano– se encontraban todas las virtudes: la honestidad, la lealtad, la firmeza, la continencia. Del bando enemigo destacaban sólo vicios: fraude, perversión, lujuria y temeridad (Cicerón 1994). Gracias a esa matriz clásica inspirada en la obra de Cicerón, el rosismo presentaba, siguiendo a Myers, a los unitarios como conspiradores, definiendo a dicha facción por tres características esenciales: 1) formaba parte de una tendencia aristocratizante y cosmopolita que fácilmente podría vincularse con potencias extranjeras para fines conspirativos, 2) poseía una inclinación natural hacia la revolución y la propagación del desorden, 3) ostentaba un alto grado de irracionalidad; de allí el epíteto de locos o salvajes unitarios, repetido monótonamente en los documentos oficiales del gobierno de Rosas. El denuesto constante contra el adversario político, siguiendo el comportamiento faccioso de esos tiempos, implicaba intrínsecamente no reconocer su derecho a existir como tal, pues debía quedar excluido de la esfera pública. Pero no sólo eso, también –y sobre todo– servía para desacreditar al contendiente ante ese nuevo detentador de la soberanía que era el pueblo; y en este sentido, el rol de la prensa fue decisivo.

Junto a la despectiva denominación de unitario, era frecuente encontrar asociada la de logista. Rosas utilizaba esta descalificación con un doble propósito. Para censurar prácticas de sociabilidad y opiniones políticas que representaban a su facción enemiga, pero también porque de ese modo se aseguraba el apoyo de un universo ético-religioso que se sentía amenazado por las modalidades habituales de toda agrupación masónico-liberal, independientemente de que estas supuestas agrupaciones existiesen o no.⁷ Rosas reprodujo, desde la prensa, ideas y temores que se desprendían de los textos antimasonicos llegados de España. De esta forma, existía una real voluntad de

6 Tanto el historiador romano Cayo Salustio como el filósofo Marco Tulio Cicerón se encargaron de examinar la naturaleza del conspirador, basados en la conjuración de Catilina. El primero lo haría en su famosa obra *Bellum Catilinae*, mientras que el segundo, en los no menos célebres discursos denominados *Catilinarias*.

7 La masonería regular fue introducida en la región recién hacia comienzos de la segunda mitad del

“su gobierno de asociar a los ‘unitarios’ a las ‘organizaciones liberales’, las ‘sociedades secretas’, los ‘enemigos ocultos’, los ‘agentes españoles’; en síntesis, a todo lo que se oponía a la Federación” (González Bernaldo 2001). Para la prensa de época, “todas las conspiraciones, todos los sacudimientos políticos que ha sufrido el país, han sido obra de las logias”.⁸ El mismo asesinato de Dorrego habría sido tramado por la “gran logia”. Sus integrantes, todos unitarios, “han trabajado con tesón en el silencio de las tinieblas, han agregado a su gremio un considerable número de adeptos, han minado sordamente el orden social”. Por si fuese poco, “Buenos Aires está plagado de logias” y “preparan una época horrorosa de sangre y crímenes, cuya sola idea es capaz de aterrar la imaginación”.⁹ Ese impertérrito enemigo “acomete bajo las sombras de la noche la majestad de las leyes, infundiendo por todas partes el pavor y el espanto”, lo que confirmaría “la depravación de esa logia infernal” de “pasiones insaciables”.¹⁰

En momentos en que el régimen de Rosas corría peligro, el discurso antiunitario se tornaba más virulento. Pero también las prácticas políticas seguían la misma suerte: la represión y el hostigamiento a las clases acomodadas urbanas –supuesta base social del unitarismo– a través de grupos parapoliciales como la célebre Mazorca, o el incremento en la crueldad de las represalias guerreras –como el célebre y sádico “violín”–.¹¹ Pedro Ávila, un supuesto arrepentido integrante de la Mazorca, nos relata cómo eran sus actividades durante la coyuntura en que el régimen vivió con mayor preocupación el auge de las conspiraciones internas:

El señor Salomón, presidente de la sociedad popular restauradora del sosiego público, nos mandó reunir el tantos de octubre, y nos dio orden, que saliéramos con vergas unos trescientos hombres por las calles y se le diesen cincuenta palos a todo el que se encontrase de frac, leva, o capa. [...] Esto duró solamente dos días, porque el tercero se convirtió el asunto en un saqueo tan general; [al día siguiente] se nos dio nueva orden para apalea a todo el que encontrásemos sin chaleco colorado, sin bigote, o que tuviese alguna pinta verde o celeste en la ropa, sin excepción de edad, sexo ni estado. En esta segunda orden salimos más veteranos, y más bien previstos, porque encerraba la circunstancia de afeitar a todo el que usaba barba cerrada, y poner divisas celestes pegadas con alquitrán; siendo que nuestras facultades, eran algo más extensivas, desde que se nos permitía el degollar a algunos que fuesen de familias unitarias conocidas, y violar las jóvenes a discreción que se conociesen por tales [...] Más allá se castigaba una porción de señoritas, y después estirándolas se les untaba alquitrán, se les arrancaba la ropa a tirones y se les botaba por las calles desnudas...¹²

siglo XIX. Y si bien las logias previas pudieron adoptar formas y prácticas de tinte masón, esto no necesariamente significó que ellas hayan formado parte de ese movimiento. Ver González Bernaldo 1992.

8 *El Relámpago: papel crítico, satírico, epigramático, federal y antianarquista*, N. 2, 1/10/1833.

9 *Ibidem*.

10 *Rasgos biográficos de la vida pública del Brigadier General Juan Manuel de Rosas, Honorable Sala de Representantes*, Buenos Aires, 1842.

11 Para un trabajo de síntesis sobre dicha agrupación, ver Di Meglio 2007.

12 Pedro C. Ávila, 1847. *Órdenes privadas del General D. Juan Manuel Rosas en la Revolución de 1840 y abril de 1842*. Lima: Imprenta y litografía de Justo Montoya, p. 28.

La represión en la Buenos Aires de ese tiempo fue intensa. Rosas se servía de la Mazorca para efectuar dicha tarea de disciplinamiento y terror, a la que le brindaba órdenes de manera informal. Los principales blancos de esa coacción –particularmente la efectuada por la Mazorca– eran los sectores ilustrados y urbanos –los de “frac, leva y capa”– que no mostraban simpatías por el orden político dominante. A diferencia de otras formas de violencia que se venían practicando desde el comienzo de las guerras civiles, la Mazorca se destaca como un momento de inflexión, puesto que sistematizó inéditos mecanismos de extorsión y coerción social más refinados que los circulantes hasta ese entonces. Sin embargo, más o menos exagerados, más o menos fidedignos, estos relatos retratan la vida cotidiana de la Buenos Aires rosista durante “la gran crisis del sistema federal” (Halperín Donghi 1972), es decir, en sus coyunturas más acuciantes vividas entre 1839-1840 y en algunos meses de 1842. Fuera de la capital confederal, la represión extrema y la guerra a muerte también fue desplegada por las fuerzas rosistas durante las campañas en las provincias del Interior y el Litoral, principalmente durante la etapa de pacificación, una vez derrotadas definitivamente las tropas enemigas, que habían actuado con niveles de violencia equiparables. Según Etchechury (2015, p. 11),

(...) esta escalada envolvió una puesta en escena masiva del cuerpo del enemigo vencido, una teatralización del espacio de la guerra, ya fuera con el objeto de movilizar o disuadir a la acción política, en todo caso de “gobernar las emociones” de las comunidades locales a través del pavor que generaba la exposición del exterminio.

La crueldad represiva era seguida por la expropiación a los dueños de la tierra, tal como había sucedido en la propia provincia de Buenos Aires, derrotado el movimiento de los Libres del Sur.

El temor de Rosas hacia los sectores intelectuales o pudientes fue una constante durante todos los años de su gobierno. Descontando obviamente a los unitarios, siempre ansiosos por encontrar una alternativa para derrocarlo, la mayoría de las revueltas y conspiraciones que sufriera tuvieron su germen en dichos grupos sociales. Así lo demuestran sus conflictos con los federales cismáticos, la conspiración de Maza o el alzamiento de los Libres del Sur. El historiador Jorge Gelman (2009) considera que Rosas no actuó como representante y defensor de los intereses de los principales ganaderos de la provincia –así lo sostuvo la historiografía tradicional–, sino más bien como un “disciplinador” de la elite económica y política bonaerense, con la que mantuvo relaciones ambiguas y muchas veces violentas. Rosas consideraba a los unitarios dentro de este mismo arco social (Fradkin & Gelman 2015). Para con ellos, no debía existir piedad ni contemplación. Cuando el ejército de Lavalle, luego de fracasar en su intento por ocupar Buenos Aires, se batió en retirada de manera apresurada, Rosas no desaprovechó la oportunidad para dejar con claridad meridiana su política hacia los “pasados” de bando. A un oficial en guerra le habría explicado que a los soldados pobres había que incorporarlos a las fuerzas propias, mientras que “respecto de los ricos y de los que se titulan decentes, porque de esos ninguno es bueno, en cuya virtud DEBEN SER

PASADOS POR LAS ARMAS O DEGOLLADOS INMEDIATAMENTE TODOS LOS QUE APAREZCAN DE ESA CLASE DE SALVAJES".¹³ Los unitarios sabían perfectamente que si eran capturados por el enemigo no tenían chances de sobrevivir. Es por eso que se trataba de una guerra a muerte y, por ese mismo motivo, tampoco parecían existir límites o reparos para idear medios en aras de vencer al enemigo.

LAS VARIANTES CONSPIRATIVAS ANTIRROSISTAS

A partir del arribo de Rosas al poder, las acciones contra su gobierno comenzaron muy pronto. En 1831, cuando el general José María Paz lideraba la Liga del Interior desde Córdoba, en el Litoral y desde Uruguay los unitarios decidieron estimular el poder de algunos notables locales en aras de convertirlos en caudillos influyentes. Los casos más representativos los constituyeron Eusebio Hereñú y el joven Justo José de Urquiza.¹⁴ No obstante, los deseos no pudieron plasmarse. La idea de sublevar el Litoral a través de líderes del ámbito rural se derrumbó tan rápido como la meteórica Liga del Interior, la que se desintegró cuando Paz fue interceptado por fuerzas federales en una situación tan fortuita como insólita. Desde ese entonces, los unitarios perdieron todo poder territorial y con él las fuentes de financiación para poder seguir luchando. Eso significó un replanteamiento de las estrategias con un aliciente: derrotar a Rosas no sólo representaba un mero triunfo político, significaba poder volver al hogar abandonado, recuperar los bienes embargados, reunirse con amigos y familiares. En 1832, los federales bonaerenses se dividieron en dos facciones, la una devota a Rosas mientras la otra tendió a despegarse de su figura. Los integrantes de esta última, denominados doctrinarios (también "liberales", "lomos negros" o "cismáticos") constituyeron una agrupación dentro del federalismo porteño que pregonó un ordenamiento institucional, liberal y constitucional al que Rosas se oponía sistemáticamente. También objetaba el liderazgo casi absoluto de este último en las resoluciones políticas del propio partido. Los doctrinarios lograron llegar al poder a fines de dicho año y lo mantuvieron con extrema dificultad hasta noviembre de 1833, cuando se produjo la Revolución de los Restauradores, movimiento insurreccional que devolvió el poder a la facción rosista –bajo la gobernación de Juan José Viamonte– y llevó acto seguido al exilio a los principales exponentes del bando caído (Barba 1942).

En ese contexto, la mayoría de los unitarios exiliados no consideró aún que la situación era la adecuada para retornar a sus hogares: la inestabilidad primaba y el encono contra ellos se mantenía vigente. En 1835, el misterioso asesinato del líder federal Facundo Quiroga, acaecido en el norte del país, produjo efectos desestabilizadores en la misma Buenos Aires, llevando nuevamente al poder a Juan Manuel de Rosas en

¹³ *La Gaceta Mercantil*, 23/09/1840.

¹⁴ Carta de José María Del Carril a Francisco Pico, 3 de enero de 1831. Fondo Francisco Pico, Academia Nacional de la Historia.

abril de 1835, quien por entonces y con poderes absolutos comenzaba a despuntar, solitario, como la figura política más preponderante de la Confederación Argentina. Pronto, los confines de esta última comenzaron a expandirse. El temor a que los unitarios pudieran disputar su poderío desde el Uruguay incentivó a Rosas a intervenir en cuestiones domésticas de ese país. Uruguay era un Estado con escasos años de ejercicio de soberanía y desde hacía poco se encontraba gobernada por Manuel Oribe, quien comenzaba a tener cada vez mayores problemas con el presidente que lo había antecedido, Fructuoso Rivera. Oribe sentía la presión creciente de Rosas para que controlara los movimientos de sus opositores unitarios. El trato hostil que estos últimos comenzaban a sentir en el país anfitrión, sumado a las desinteligencias que primaban en su relación con los federales doctrinarios exiliados, los llevó a la conformación de organizaciones secretas como una forma oculta para seguir construyendo las tramas del complot (Zubizarreta 2009). Inspirados en las sociedades carbonarias que por ese entonces lideraban la resistencia liberal contra la Restauración monárquica europea, constituyeron una red de logias distribuidas en distintos puntos del Uruguay.

De este modo, los proscriptos comenzaron a organizar planes en secreto para derribar a Rosas; el principal de ellos consistió en conformar una triangulación entre ellos, el general Carlos de Alvear –en Buenos Aires–, el general Andrés de Santa Cruz –Supremo Protector de la Confederación Perú-Boliviana–. El plan era arriesgado en extremo y las probabilidades de concretarlo, bastante remotas. El funcionamiento interno de las logias se basaba en una estructura jerarquizada dentro de la cual las organizaciones secretas esparcidas por suelo oriental recibían órdenes desde la Logia Central a través de correspondencia. Ante el sistema de espionaje montado por Oribe y Rosas, los unitarios se apercibieron de que debían ser cuidadosos en sus intercambios epistolares. Así, comenzaron a elaborar un sistema de codificación para el lenguaje de sus misivas, que con el correr del tiempo iría evolucionando. A medida que el fervor de los proyectos iniciales fue menguando, los unitarios vieron con mayor claridad que debían incursionar en la política uruguaya. Para febrero de 1836, Oribe –aliado de Rosas– y Rivera habían roto sus relaciones de manera definitiva. Algunos meses más tarde, se celebrarían comicios para la elección de representantes. Los miembros de la Logia entendían que debían secundar a Rivera, por lo que comenzaron a concentrar el grueso de sus actividades en aras de movilizar a los exiliados en apoyo de su nuevo aliado. Mientras esto sucedía, en septiembre de 1836 era capturado Calixto Vera, miembro de la Logia de Colonia del Sacramento y emparentado con Bernardino Rivadavia. Las autoridades lo interrogaron. Vera debió rendir cuenta de los planes de complot logistas, de los sistemas de comunicación cifrados y del *modus operandi* de la organización.¹⁵ Los principales implicados, con el beneplácito del gobernador bonaerense, fueron arrestados por orden de Oribe y forzados a un nuevo exilio en las cálidas costas de la isla de Santa Catalina, Brasil.¹⁶

15 Confesión de Calixto Vera, Secretaría de Rosas, AGN, Sala X, leg. 25-3-1.

16 Sobre los exiliados del rosismo en el Brasil, recomendamos Amante 2010.

En 1838, Fructuoso Rivera –con ayuda de Lavalle– triunfó sobre las fuerzas de Oribe en la batalla de Palmar. Este último debió abandonar el poder, exiliándose en la Confederación rosista. Así, los unitarios expatriados en Brasil pudieron, al poco tiempo, retornar a Uruguay, mientras Rivera se constituía otra vez presidente de dicho país. Para ese entonces, ya se encontraban en suelo uruguayo los miembros de la Generación del 37. Esta última agrupación estaba compuesta por un grupo de jóvenes intelectuales que quiso conformar en Buenos Aires una propuesta política superadora de la dicotomía unitario-federal pero que se topó con la pronta inquina del gobernador Rosas (Myers 1998). Ese contexto adverso llevaría a sus integrantes a engrosar la larga lista de exiliados políticos. Tanto unitarios como miembros de la Joven Generación tenían intereses en común. Era claro también que ambas agrupaciones estaban de acuerdo en que Rosas no podía permanecer por más tiempo en el poder. Pero en muchos otros aspectos abundaban las discrepancias. Existían recelos mutuos, que el diálogo y la evidencia de lo absurdo de actuar por separado iría limando.

En Buenos Aires, un ciudadano suizo-francés, César H. Bacle, había sido puesto en cautiverio y, como consecuencia del mal trato recibido en prisión, murió al poco tiempo, brindando motivos a Francia –cuyos diplomáticos habían intervenido por la suerte del prisionero– para justificar el inicio de un bloqueo al puerto de la ciudad en 1838. Las consecuencias de este hecho no se hicieron esperar demasiado. Los hacendados del sur de la provincia sufrían la imposibilidad de vender ganado, pero debían pagar impuestos de contribución directa que Rosas, poco tiempo atrás, había comenzado a gravar de forma efectiva. Ese contexto desencadenó la revuelta conocida como “Los Libres del Sur”. La mayoría de sus promotores no era unitaria sino federal de larga data.

Aprovechando ese contexto de revueltas y simultáneamente a la organización de los ejércitos que Lavalle agrupaba para enfrentar a las huestes rosistas, unitarios y miembros de la Generación del 37 cooperaron en una lucha que, sin salpicar sangre (aunque sí algo de tinta), lograba debilitar a su enemigo: la guerra de la opinión. A través de periódicos como *El Nacional*, *El Iniciador*, *Muera Rosas*, *El Grito Argentino* o *El Comercio del Plata*, en distintos formatos y dirigidos a públicos diferentes –cultos y populares–, sus redactores en Montevideo buscaban minar la imagen del gobernador bonaerense preparando el terreno para una posterior invasión al territorio confederal (Batticuore *et al.* 2005). Procuraban que dichas publicaciones circularan entre las distintas clases de exiliados, pero también infiltrarlos en Buenos Aires y en su campaña (Zubizarreta 2010). Su prédica desnudaba el predominio de Buenos Aires sobre la navegación de los ríos interiores, buscando despertar recelo entre los gobernadores federales del Litoral que padecían esa situación de hecho. A su vez, despotricaba contra la figura de Rosas, a quien tildaban de mezquino, “flojonazo”, “cobarde”, “hereje” y tal vez algo más paradójico, incluso de “unitario”, puesto que se argüía centralizaba el poder de la Confederación Argentina en su sola persona.

Pero no todos los peligros que enfrentaba el régimen rosista venían del exterior. En la misma ciudad de Buenos Aires, se organizó una asociación secreta con el objeto de

coordinar actividades conspirativas en complicidad con aquellos proyectos que fuera y dentro de la ciudad buscaban derrocar a Rosas. La célebre conspiración de Maza fue el corolario de estos movimientos subversivos. El “club de los cinco”, como se llamó a la logia secreta que colaboró en la conspiración, estaba integrado por Enrique Lafuente, empleado de la secretaría de Rosas, Santiago Albarracín, Carlos Tejedor, Jacinto Rodríguez Peña y Rafael Corvalán, hijo del edecán del gobernador.¹⁷ Otro grupo conspirativo que tramaba un complot en paralelo fue comandado por Diego Alcorta, viejo rivadaviano que prestaba su casa para reuniones de claro tinte antirrosista. A ella acudían unitarios y miembros de la Generación del 37. Las agrupaciones clandestinas recién mencionadas entraron en contacto con el joven Ramón Maza, hijo de Vicente – presidente de la Legislatura y amigo personal de Rosas–. El objetivo conjunto de todos ellos radicaba en coordinar sus movimientos con los Libres del Sur y con el ejército que Lavalle estaba comenzando a organizar en Uruguay para invadir Buenos Aires.

De la situación esbozada se puede observar que una participación muy alta de los conspiradores pertenecía al riñón mismo del poder y se encontraba ligada incluso por afectos personales con el propio Rosas. Esta situación refleja claramente que dentro del mecanismo institucional del gobierno no parecían existir demasiados resquicios para la disidencia. Resultaba impracticable presentar alternativas que pudiesen reflejar opiniones divergentes. Ya habíamos visto cómo los federales “doctrinarios” y aquellos jóvenes románticos que se acercaron al Restaurador habían tenido que abandonar el país por no amoldarse a una forma de pensar y actuar unánimista, es decir, un sistema político que basaba su principio de autoridad en un régimen plebiscitario y que, en la práctica, impedía toda manifestación pública contraria al pensamiento de su propio líder (Ternavasio 2002). En un escenario como ese, era natural que pudiesen surgir disidencias solapadas e intentos de complot. Los organizadores del levantamiento que se organizaba en Buenos Aires soñaban con que el ejército de Lavalle se introdujera de improviso y desde la costa, asestando un golpe mortal al odiado régimen.

Enrique Lafuente, del “club de los cinco”, escribía regularmente a Félix Frías, secretario de Lavalle, brindándole todo tipo de información. Lafuente, como escribiente supernumerario de la Secretaría de Rosas, solía ver documentos secretos de gobierno. Los complotados se escribían a través de un sistema cifrado llamativamente similar al usado previamente por las logias unitarias en Uruguay. Avelino Balcarce, otro de los conjurados, gozaba de contactos en la campaña bonaerense y tenía estrechos vínculos con numerosos comandantes de diferentes regimientos que, en caso de que el complot se iniciara de forma auspiciosa, le habrían asegurado se plegarían al bando insurreccionado. Para el general Paz, que se encontraba en Buenos Aires y había sido tentado por los organizadores del movimiento para dirigir la revuelta armada, “el secreto de la conjuración estaba en miles de bocas.” Además, sólo contaba con el apoyo “en lo general de la gente pensadora, acomodada e ilustrada”. Pero, por si fuera poco,

17 Las principales fuentes y correspondencias sobre el “club de los cinco” pueden verse en Rodríguez 1922.

“marchaba con el día y según las deliberaciones de la noche antes: deliberaciones que variaban según los círculos en que se hacían”.¹⁸ Esta grave falta de coordinación y una total ausencia de discreción llevaron a que el complot fuese descubierto. La respuesta del rosismo no se hizo esperar. La mayoría de los conjurados debieron partir al exilio y engrosarían luego las fuerzas de Lavalle. Otros tuvieron peor suerte, como Ramón Maza y su padre Vicente. El primero moriría fusilado por orden del gobernador; su progenitor, asesinado en la Sala de Representantes por un puñal mazorquero, mientras se encontraba escribiendo una carta al mismo Rosas solicitando clemencia para su hijo recientemente capturado.

Puesto que los intentos conspirativos dentro de Buenos Aires se habían malogrado y los Libres del Sur habían sido completamente derrotados, todas las esperanzas se proyectaban en los ejércitos que Lavalle se encontraba forjando en la isla Martín García. Las campañas de Lavalle que se llevaron a cabo entre 1839 y 1841 comenzaron con un objetivo preciso. Al menos eso es lo que no se cansaba de repetir su general en jefe: pasar por alto las diferencias de facciones, los añejos rencores personales y aunar las fuerzas para derrotar al “tirano”. El ejército se nutría de exiliados unitarios, federales doctrinarios, miembros de la joven generación, contingentes correntinos y algunos protagonistas del descalabrado movimiento de los Libres del Sur. Mientras Lavalle armaba su ejército, se conformaba la Coalición del Norte –con epicentro en Tucumán–, es decir, una alianza entre distintos sectores antirrosistas de varias provincias que lograron reclutar un ejército destinado a despojar del poder a los gobernantes filorrosistas del interior para, en una segunda instancia, confluir con las fuerzas de Lavalle y vencer a la cabeza del bando federal. El general Lamadrid, quien curiosamente hacía poco había cambiado de facción y se encontraba a las órdenes de Rosas, en otro repentino cambio de timón optó por rebelarse contra este último y liderar la revuelta que se iniciaba en el norte del país. La mayoría de los gobernadores que se plegaron a ella no eran unitarios sino federales que estaban cansados del asfixiante dominio político rosista.

En un contexto sumamente adverso, el régimen de Rosas pudo escapar del peligro otra vez más. Sus opositores no supieron coordinar sus acciones, lo cual, de haberse logrado, hubiera acrecentado exponencialmente sus probabilidades de éxito. La conspiración de Maza no tuvo apoyo externo y sólo un tímido soporte local. Poco después, el levantamiento de Libres del Sur, algo prematuro y aislado, no logró contar con la colaboración de Uruguay, Francia o de las provincias del norte, las que se sublevarían más tarde. A pesar de lo avanzadas que estuvieron las negociaciones entre las partes, Francia no prestó ayuda significativa al ejército de Lavalle; tampoco lo haría Rivera, presidente de Uruguay. Los tres generales más importantes de las fuerzas antirrosistas no lograrían combinar sus ejércitos para potenciar la magnitud del golpe. Lavalle

18 José María Paz, 1945. *Memorias*, tomo II. Buenos Aires: Albatros, pp. 346-347.

no aceptó la participación del experimentado general Paz entre sus filas. Tampoco las fuerzas de Lamadrid y Lavalle lucharían de forma mancomunada, incluso cuando tuvieron la posibilidad de hacerlo en momentos en que ambos contingentes se toparon en Córdoba, decidiendo continuar su suerte por separado. Y es precisamente esta actitud la que selló el destino de la causa antirrosista. Luchando de manera disociada y a destiempo, los ejércitos federales liderados por los generales Pacheco y Oribe, compactos y expeditivos, lograron derrotar a cada uno de sus contrincantes, disciplinando nuevamente las provincias argentinas bajo la unidad rosista y centrando el eje de la guerra fuera del ámbito de la Confederación, más precisamente en las puertas de Montevideo, ciudad que sería sitiada por más de once años por las fuerzas del mismo Oribe, quien buscaba recuperar allí su poder perdido. De este modo, las posibilidades para crear nuevamente alternativas con el fin de remover a Rosas del poder se fueron diluyendo. La mayoría de los exiliados apostó por la propia supervivencia, creyendo que vencer a su poderoso enemigo se había transformado en una entelequia. Tal como estaban dadas las condiciones, derrotar a Rosas en el campo de batalla y con fuerzas propias no parecía al alcance de sus posibilidades. Quedaba, entonces, la conspiración y el poder de la pluma y la palabra, las únicas armas con las que se podría proseguir la lucha (Blumenthal 2014). El ciclo guerrero, que había nacido en 1829 con el levantamiento de Lavalle, había finalizado con resultados francamente adversos. Los hombres de la pluma y la palabra tendrían revancha.

DE LA CONSPIRACIÓN A LA PROMOCIÓN DEL MAGNICIDIO

El fracaso de todos los intentos conspirativos y de confrontación directa que fueron organizados para remover a Rosas del poder desalentó a muchos exiliados. A esa altura, consideraban que no había más camino que la resignación. Por ese motivo, las alternativas ahora se reducían a dos: esperar pasivamente a que un magnicidio o un enemigo interno lograra lo que ellos no pudieron, o colaborar para que cualquiera de las opciones primeras se pudiese materializar. Y considerando este último fin, optaron por utilizar las publicaciones escritas. Por lo menos desde 1835, ya existía una prensa dedicada a descalificar el régimen rosista. Pero a fines de 1841, en Uruguay, salió a la luz un nuevo periódico titulado *Muera Rosas*, irrumpiendo con propuestas más audaces. Según sus mismos editores, a través de este diario se buscaba “reanimar las esperanzas y fomentar entre el pueblo el odio al tirano”.¹⁹ Pero también, y lo que es más disruptivo, promovía abiertamente el asesinato de Rosas, de quien se decía que no era otra cosa que

(...) un reo de alta traición, puesto fuera de la ley por sus mismos delitos, y para blanco del primer héroe, que con el puñal, el veneno o las bayonetas, lo derrumbe de

19 Carta de Esteban Echeverría a Daniel Torres, 26 de diciembre de 1841, AGN, Documentación de Daniel Torres, Sala 7, legajo 1943, foja 177.

su horrendo trono (...) matar a Rosas es ceñirse una corona inmortal y dar vida a la Patria: matar a Rosas es hacerse instrumento del Cielo y de la Libertad.²⁰

En ese mismo sentido, y profundizando la apuesta del diario, en 1843 se publicó una obra titulada *Es acción santa matar a Rosas*.²¹ Escrita por el poeta y periodista José Rivera Indarte, otro de los jóvenes exiliados que dejó Buenos Aires luego del fracaso de la conspiración Maza, no sólo invitaba a tomar el puñal para asesinar al gobernador bonaerense sino que introducía una argumentación teórica de los motivos que justificaban esa incitación, citando a pensadores de la talla de Pufendorf, Vattel, Grocio, Plutarco o Cicerón. La literatura del republicanismo y del iusnaturalismo, según él, amparaba el levantamiento y el exterminio del tirano.

El texto de Rivera Indarte fue ideado para motivar un magnicidio en su apelación a cada uno de los habitantes de Buenos Aires que pudiesen haberse sentido afectados por las medidas adoptadas por Rosas. Así, se dirigía a “tantas viudas y huérfanas que han perdido hasta su última esperanza con la sangre de sus esposos, de sus hijos, de sus hermanos, de sus prometidos vertida bajo el cuchillo de Rosas” para que emulasen a Carlota Corday, célebre por haber asesinado al líder revolucionario jacobino Jean Paul Marat. Pero Rivera Indarte iría más allá cuando aconsejaba en su publicación, a quien voluntariamente asumiese el rol del homicida, que

(...) no se descuide de envenenar el hierro que destine á ella en un veneno activo en tintura de cobre, arsénico, asido prúsico; entonces una tijera, una aguja, será bastante, y más si la clava en el vientre del obeso tirano; donde la punta libertadora penetrará sin obstáculo como la tiente en el barro húmedo y fofo.²²

El autor solicitaba la atención de los campesinos, pero también de los hombres de la ciudad que padecían la hostilidad del régimen, e incluso acudía al círculo más próximo y a los mismos familiares del Restaurador. Todos podían ser eventuales héroes, puesto que, quien se animara, “Su imagen estaría en todas partes, adornaría el cuello de las vírgenes, el morrión de los guerreros, coronaría el asiento de los magistrados, brillaría en el escudo de armas de la República”. A diferencia de las acciones colectivas que intentaron neutralizar a Rosas, aquí se invocaba a un arrebato individual, puesto que todas las estrategias previas habían fracasado. Por eso, para Rivera Indarte,

(...) es cien veces más fácil matar a Rosas que conspirar contra él. El tiranicida que se fía en sí solo puede estar cierto de que no habrá quien lo traicione; el conspirador no puede estar seguro en un país envilecido por la tiranía, ni aun de su propio hermano...²³

Paralelamente a las propuestas del magnicidio promovidas por Rivera Indarte, se tramaron diversos atentados contra la persona de Rosas, algunos verdaderamente in-

20 *Muera Rosas*, 23 de diciembre de 1841, Biblioteca Nacional.

21 José Rivera Indarte, 1843. *Es acción santa matar a Rosas*, en: *Rosas y sus opositores*, Montevideo, Imprenta del Nacional.

22 Rivera Indarte, *op. cit.*, p. 47.

23 Rivera Indarte, *op. cit.*, p. 67.

geniosos. Uno de ellos consistió en la introducción de un pastel envenenado en su casa; finalmente la víctima terminó siendo un perro. Mucho más peligrosa resultaría una tentativa ulterior. Los antirrosistas asentados en Montevideo interceptaron una caja con medallas de la Sociedad de Anticuarios del Norte, de la que Rosas era miembro y que tenía por destino su morada en Buenos Aires. En su lugar, ubicaron una

(...) máquina mortífera compuesta de diez y seis cañones cargados a bala, superpuestos, con la boca hacia los bordes de la caja como otros tantos radios de un círculo y unidos por dos resortes de percusión a ambos goznes de la misma y de manera que al abrirla explotasen simultáneamente. (Saldías 1892)

Al parecer, cuando la caja llegó al hogar de Rosas, en marzo de 1841, éste, sumamente atareado, no se ocupó en abrirla y se la ofreció a su hija Manuelita. El sistema no se puso en funcionamiento como estaba planeado y el artefacto fue descubierto antes de estallar. El fallido intento de asesinato fue celebrado por la ciudadanía porteña con ceremonias y festejos en honor a la pervivencia del líder. Mientras, “la máquina, estando cerrada, parece un estuche para caballero. Fue puesta en exhibición en casa del gobernador delegado doctor Felipe Arana, habiéndola visto muchas personas, tanto nacionales como extranjeras”.²⁴

Pero los arrebatos individuales, los intentos aislados e insólitos y las invitaciones a matar al gobernador no se coronaron con éxito. Seguía entonces manteniéndose en pie la posibilidad de un levantamiento interno. Y en ese sentido, Florencio Varela fue más exitoso que Rivera Indarte. Unitario desde los tiempos de Rivadavia, Varela se había transformado en el centro neurálgico del antirrosismo en suelo uruguayo. Además de su rol como consejero de Lavalle y otros militares de esa facción, logró aunar el unitarismo con los miembros de la Joven Generación con el fin de generar políticas efectivas contra el rosismo. Pero también buscó para ello la cooperación del Uruguay y de las potencias exteriores (Cernada de Bulnes 1983). Contó con los contactos de una dilatadísima red en la que se incluían las agrupaciones antirrosistas en otros puntos del exilio, como las lideradas por Anselmo Rojo y Wenceslao Paunero en Bolivia, o de la Comisión Argentina en Chile. Influyó profundamente en la opinión pública de ese tiempo por medio del periódico *El Comercio del Plata*, del cual era redactor y director (Weinberg 1970). El eje central de sus mordaces críticas al régimen rosista en su publicación se amparaba en que desconocía la existencia legal de la Confederación; pero además, en las trabas al desarrollo del comercio con otras naciones que el gobierno rosista aplicaba a las provincias litorales imposibilitando la libre navegación por sus propios ríos interiores. Así lo denunciaba Varela mientras se desarrollaba una coyuntura política compleja, con el bloqueo marítimo de Buenos Aires por la flota franco-británica (1845-1847) y con el sitio de Montevideo aún firme.

Para Varela, las naciones extranjeras no eran las que deberían imponer la libertad de navegación sino las provincias perjudicadas, que, no obstante, tenían derecho de

24 *La Gaceta Mercantil*, 5/5/1843, Biblioteca Nacional.

aliarse con las primeras. Con el involucramiento gradual de Justo José de Urquiza en el universo de ideas que sostenía Varela, la duda sobre quién debía ocupar el poder a la caída de Rosas se fue dilucidando. Urquiza, gobernador de Entre Ríos y principal espada del rosismo durante la década de 1840, fue adquiriendo gradualmente conciencia de su propia importancia y de la inconveniencia de seguir sosteniendo el régimen (Bosch 2001). Esto último demuestra el importantísimo rol de los exiliados en la propia dinámica interna de la Confederación y el fracaso de la estrategia aislacionista rosista, en un contexto de dinámicas redes transnacionales (Sznajder-Roniger 2009). El bloqueo que las flotas franco-británicas le asestaban a la Confederación sirvió como detonante para que Rosas prohibiera el comercio entre las provincias del Litoral y el mercado externo. En 1846, Esteban Echeverría y Florencio Varela –este último desde el editorial de *El Comercio del Plata*–²⁵ invitaron a Urquiza a plegarse del lado de la “civilización” y a organizar una alianza en favor del libre comercio y de la navegación de los ríos. En 1850, las diferencias entre Urquiza y Rosas parecían no tener vuelta atrás y el primero se había convencido de la necesidad de rebelarse. De ese modo, conformó el Ejército Grande, el que, en colaboración con Brasil y Uruguay, enfrentó con sus armas a su homónimo rosista en la batalla de Caseros, derrotándolo el 3 de febrero de 1852 y poniendo fin así a casi veinte años de un gobierno que justificó su larga existencia en la necesidad constante de derrotar a los conspiradores unitarios que, a la postre, no fueron directamente los que lograron desbancarlo del poder. La conspiración que resultó efectiva obró puertas adentro del federalismo.

CONCLUSIÓN

Hasta la llegada de Juan Manuel de Rosas al mando de la provincia de Buenos Aires, a fines de 1829, no había existido ningún gobernante que se anquilosara en el poder, por la sencilla razón de que la inestable vida política postrevolucionaria se encargaba con eficacia de expulsarlo de él, generalmente de modo traumático. De hecho, existía un verdadero interés en que las autoridades pudiesen sostenerse en sus cargos públicos al menos por un lapso institucional determinado. Pero las disputas entre facciones no permitían la estabilidad necesaria que pudiese facilitar dicha instancia. Y ante esa situación, la figura de Rosas emergió como la de un verdadero Restaurador del orden perdido. Pero sólo logró brindar gobernabilidad al alto precio de materializarlo disciplinando drásticamente a su facción, puertas adentro, y reprimiendo toda oposición o disidencia política fuera de ella (Salvatore 2003). Estas dos características del régimen, más la domesticación y la adaptación del sistema político heredado de la etapa anterior –las instituciones rivadavianas– dieron por resultado un republicanism autoritario y plebiscitario de corte unanimista, que logró crear los anticuerpos necesarios para mantenerse en el poder por muchos años (Ternavasio 2002). Obturada de esta manera

25 Editorial del 23 de febrero de 1846, en *El Comercio del Plata*, Biblioteca Nacional.

la posibilidad de una alternancia en el poder, se despertó un clima de insurrección permanente, motivado desde el exterior por elementos políticos desplazados (unitarios, liberales o miembros de la generación del 37) que, con apoyo solapado o directo de los Estados que los albergaban, aprovecharon todas las variables que el sistema les iría otorgando. Así, se fueron gestando distintas etapas en la lucha antirrosista, que, como se sugirió al comienzo del trabajo, implicaron un verdadero peligro para el régimen. No obstante, dentro de ese amplio abanico de operativos que se implementaron en la lucha antirrosista, podría decirse que existió una desproporción entre la prédica conspirativa de los órganos de comunicación del Restaurador y las conspiraciones reales perpetradas por sus antagonistas. Esa desproporción tiene, al menos, dos razones aparentes. Por un lado, una sociedad hastiada de la inestabilidad política, que, al sentirse constantemente amenazada, se vio necesitada de chivos expiatorios en los que podía canalizar sus angustias y malestares. En ese sentido, ejemplos de catarsis colectiva, como la quema del Judas-Lavalle vestido de celeste en la localidad de Areco en 1840, pueden muy bien ilustrarnos la situación (Garavaglia 1998). Por otro lado, la aguda capacidad de Rosas para percibir la necesidad de montar un discurso conspirativo que le fuera funcional, demonizando a sus enemigos, aglutinando su frente interno y proyectando una sombra de peligro permanente que justificara medidas extremas y concentración de poder político e institucional (Myers, 1995). El discurso conspirativo también resultó útil para acrecentar los recursos públicos con fines bélicos (Garavaglia 2003) y dar vía libre a diversas prácticas represivas. Aunque no se trató de una fórmula vacía de sentido, sino que se correlacionó con un peligro real, dicho discurso, hiperbólico, se montó y se justificó más en una necesidad y una estrategia política que como reacción a una actividad conspirativa más acotada y circunstancial.

En una primera instancia, los unitarios buscaron la derrota militar de Rosas por medio de la participación de ejércitos heredados de tiempos en que las facciones desplazadas habían detentado el poder (1830-1831). Infructuosa la vía armada y sin una estructura gubernamental de poder, surgieron las conspiraciones desde el exilio como una alternativa a la confrontación directa, encauzadas a través de logias secretas, vivos duplicados de aquellas que en Europa luchaban contra el absolutismo. Los resultados de estas agrupaciones no fueron, *a priori*, significativos. Lo fue, en cambio, el volumen de expatriados del régimen afincado en Buenos Aires y el nivel de descontento contra su líder, que, por distintas razones, iba en aumento en las provincias argentinas. Esa combinación de factores facilitó la conformación de nuevos ejércitos que, desde el exterior y el interior, intentarían nuevamente, hacia los años 1839-41, despojar a Rosas del mando. La posibilidad de una conspiración en el interior de la propia Buenos Aires, corazón del poder rosista, también se hizo cada vez más latente. Pero el Restaurador fue desactivando cada una de las amenazas que lo desafiaban. Y otra vez más, en parte gracias a las propias desavenencias de sus opositores, logró salir airoso. La estructura del régimen se fortaleció y el discurso conspirativo contra sus enemigos se volvió aún más iracundo. Los grupos antirrosistas salieron nuevamente con las manos

vacías y decidieron apostar al desgaste y al descrédito de un gobierno que ya duraba demasiado, pues otras armas no poseían. En este tiempo, fue tomando cada vez más cuerpo, como una variante conspirativa, la idea de asesinar a Rosas. Descabezando el sistema, éste dejaría de funcionar tan pronto como la pieza principal de su engranaje estuviese desmochada. Se alentó abiertamente el magnicidio y se intentaron diversos atentados contra su persona, todos fallidos. De este modo, y cuando parecían no quedar alternativas, la conspiración llegó puertas adentro del federalismo. Justo José de Urquiza, principal espada de la Confederación Argentina y gobernador de Entre Ríos, armó secretamente una trama de aliados y cuando tuvo certeza de su capacidad de acción y de un posible desenlace favorable, se animó a levantarse contra Rosas, logrando confluir todos los factores que antes habían estado desasociados: la unidad entre las facciones antirrosistas, apoyo internacional y una base local con una milicia provincial poderosa. Sólo la unión de todos esos eslabones pudo finalmente dar fin a un régimen que duraba más de veinte años.

BIBLIOGRAFÍA

- Amante, Adriana, 2010. *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*. Buenos Aires: FCE.
- Barba, Enrique M., 1942. *El primer gobierno de Rosas. Gobiernos de Balcarce, Viamonte y Maza, Historia de la Nación Argentina*, vol. VII. Buenos Aires.
- Batticuore, Graciela, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), 2005. *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820–1890)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bernaldo, Pilar, 1992. *La création d'une nation. Histoire politique des nouvelles appartenances culturelles dans la ville de Buenos Aires entre 1829 et 1862*. Tesis doctoral. París: Universidad de París I.
- Blumenthal, Edward, 2014. Lo Que Viene de Afuera Siempre Vale Más: Exiliados Argentinos Entre Europa Y América (1840-1855). En Delphine Diaz et al. (eds.), *Exils Entre Les Deux Mondes. Migrations et Espaces Politiques Atlantiques Au XIXe Siècle*. París: Les Perséides Éditions.
- Bosch, Beatriz, 2001. *Urquiza, gobernador de Entre Ríos, 1842–1852*. Entre Ríos: Editorial de Entre Ríos.
- Cernada de Bulnes, Mabel N., 1983, *El pensamiento de Valentín Alsina en el exilio 1835–1852*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- Cicerón, Marco Tulio, 1994. *Catilinarias*. Barcelona: Planeta.
- Di Meglio, Gabriel, 2007. *¡Mueran los salvajes unitarios! La mazorca y la política en tiempos de Rosas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Etchechury, Mario, 2015. La devastación “como cálculo y sistema”. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840- 1843). En Alejandro M. Rabinovich e Ignacio Zubizarreta (comps.) *La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880*. Programa Interuniversitario de Historia Política: <http://historiapolitica.com/foros/movilizacion-militar/>
- Fradkin, Raúl y Jorge Gelman, 2015. *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires: Edhasa.
- Garavaglia, Juan Carlos, 2003. La apoteosis del Leviathan: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX, *Latin American Research Review*, vol. 38, n° 1, pp. 135-168.
- Garavaglia, Juan Carlos, 1998. Escenas de la vida política en la campaña. San Antonio de Areco en una crisis del rosismo, 1839/1840, *Estudios Sociales*, año VIII, n° 15, segundo semestre, pp. 9-30.

- Gelman, Jorge, 2009. *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- González Bernaldo, Pilar, 2001. *Civilidad y política. En los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Halperín Donghi, Tulio, 2010. *Historia Argentina 3. De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*. Buenos Aires: Paidós.
- Knight, Peter (ed.), 2003. *Conspiracy Theories in American History, an Encyclopedia*. Santa Barbara: ABC CLIO.
- Myers, Jorge E., 1995. *Orden y virtud*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Myers, Jorge E., 1998. La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas. En Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Nueva Historia Argentina, tomo III. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rabinovich, Alejandro M., 2013, *La Société Guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.
- Rodríguez, Gregorio, 1922. *Contribución histórica y documental*. Tomos II y III. Buenos Aires: Peuser.
- Saldías, Adolfo, 1892. *Historia de la Confederación Argentina; Rosas y su época*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- Salvatore, Ricardo, D., 2003. *Wandering paisanos: State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*. Durham and London: Duke University Press.
- Sarmiento, Domingo F., 2001. *Facundo*. Buenos Aires: Altamira.
- Sullivan, D., M. J. Landau y R. K. Zachary, 2010. An existential function of enemyship: evidence that people attribute influence to personal and political enemies to compensate for threats to control, *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 98, n° 3, pp. 434-449.
- Sznajder, Mario y Luis Roniger, 2009. *The Politics of Exile in Latin America*. New York: Cambridge University Press.
- Ternavasio, Marcela, 2002. *La Revolución del voto. Política y Elecciones en Buenos Aires. 1810-1852*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Van Prooijen, J. W. y K. M. Douglas, 2017. Conspiracy theories as part of history: The role of societal crisis situations, *Memory Studies*, vol. 10 (3), pp. 323-333.
- Weinberg, Félix (y colaboradores), 1970. *Florencio Varela y el "Comercio del Plata"*. Bahía Blanca: Departamento de humanidades. Universidad Nacional del Sur.
- Whitson, J. A. y A. D. Galinsky, 2008. Lacking control increases illusory pattern perception, *Science*, octubre, n° 322, pp. 115-117.
- Zubizarreta, Ignacio, 2010. El contraste discursivo de los exiliados argentinos a través de dos publicaciones de prensa en tiempos rosistas (1839-1845). *HIB. Revista de Historia Iberoamericana*, 10.3232/RHI.2010.V3.N1.01.05, pp. 84-105. [En línea: octubre de 2010] Disponible: http://revistahistoria.universia.net/pdfs_revistas/articulo_116_1285888070988.pdf
- Zubizarreta, Ignacio, 2009. Una sociedad secreta en el exilio: los unitarios y la articulación de políticas conspirativas antirrosistas en el Uruguay, 1835-1836, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, tercera serie, n° 31, II semestre, pp. 43-78.
- Zubizarreta, Ignacio, 2015. Las logias antirrosistas: Análisis sobre dos agrupaciones secretas que intentaron derrocar a Juan Manuel de Rosas, 1835-1840, *Historia Crítica*, Enero-marzo, n° 55, pp. 19-43. Bogota, Universidad de los Andes.